

Registrar el avance ineluctable del tiempo, mostrar los cambios que impone a cada ser humano, pero también situar la fotografía en el registro de la memoria, he aquí el proyecto de Pere Formiguera cuando, a principios de 1991, comienza a fotografiar, una vez al mes, durante diez años, a 32 personas de su círculo, de edades comprendidas entre los dos y los setenta y cinco años.

Dentro de un espacio neutro, sobre un fondo uniforme, los retrata de cerca, la mayoría de las veces el busto. De cara al objetivo, atrapado en una luz cruda, desnudo, de cara, de perfil o de espaldas —como su padre, en noviembre de 1991—, cada sujeto se entrega sin resistencia al ritual de la pose. Erigido sobre el principio de la estirpe, este proyecto sincero y de una profunda emoción saca su fuerza, en primer lugar, del hecho de ser ejecutado con rigor, con una precisión extrema y una concisión ejemplar.

Cuando encuadra la figura humana lo más cerca posible, Formiguera no utiliza ningún artificio, ya que le basta con captar el reflejo de una identidad en un momento dado. Solo e inmóvil en el espacio

del vacío original, cada uno se presenta con su carácter distinto. Formiguera sabe que la objetividad perfecta del espacio y del tiempo es una ilusión. A la fugacidad irreversible del tiempo que pasa, él opone el eterno presente de la fotografía. Su finalidad no es conseguir la semejanza, evocar o revelar la personalidad del modelo. De la misma manera que no busca la eternidad, tampoco manifiesta un interés obsesivo por la muerte. No tiene el propósito de ilustrar la frase de Jean Cocteau que a Francis Bacon le gustaba tanto citar: «Cada día, en el espejo, contemplo el trabajo de la muerte».

Suscribiendo el punto de vista de Bergson según el cual no es el tiempo el que pasa, sino nosotros, Formiguera sabe que dejar que el tiempo pase es la única manera posible de ver directamente pasar el tiempo. Fijando la presencia del cuerpo, la inmovilidad del rostro, cada retrato representa una parada, una interrupción en la continuidad del tiempo. Sin embargo, también recuerda que cada uno de los retratados lo único que hace es pasar frente al objetivo. Al mismo tiempo que ratifica la existencia —el famoso «certificado de presencia» que es, por esencia, cualquier fotografía—, sólo es

un retrato entre 11 y 110; el eslabón de una cadena trenzada de manera puntual y sin tregua sobre un conjunto de diez años.

Al acentuar el efecto de su inscripción mediante la repetición, la serie marca el paso del tiempo que no es inmediatamente identificable, pero que la imagen inscribe. En cada nuevo encuentro, se reproduce el mismo proceso inmutable. Inscrito a la vez en un tiempo limitado, pero también en aquel, infinito, de la duración, así cada retrato adquiere una doble temporalidad: la del momento de la toma y la de la duración en que ésta se inserta. Pero no sólo se trata de una representación estática del tiempo, sino que la sucesión de las poses representa un instante presente siempre nuevo, que permite confrontar con cada nueva imagen su realidad presente y su posición inmediatamente precedente.

Espejo de uno mismo, reflejo de la identidad en un momento dado, cada retrato no es tan sólo una cita con la imagen del pasado del sujeto, sino también el espacio de un futuro donde cada uno, conscientemente y sin reticencias, se proyecta. La fotografía, al autenticar la certeza de la presencia, es por definición un presente absoluto, una

pura presencia visible inscrita por una parada del tiempo. Compañera inseparable del recuerdo (el álbum de familia), la fotografía sustrae al tiempo su imagen mediante el rostro de aquellos a quienes retrata. Al tiempo que pasa responde el instante detenido de la toma, que recuerda que cada retrato constituye por esencia la inmovilización de un instante en el tiempo.

Pere Formiguera lo sabe: nada se detiene, todo continúa su paso. Adoptando la tesis de Kant según la cual resulta imposible observar directamente el tiempo, intenta representarlo por medio de una serie de instantes innumerables y, en apariencia, insignificantes, que se repiten a intervalos regulares pero que acaban siendo ejemplares gracias a su sucesión.

En esta cita con la imagen de uno mismo en el pasado, la importancia está en la elipsis; las imágenes revelan el tiempo que ha transcurrido y que las cosas ya nunca más serán como antes. Cada instante, al ser percibido, produce por sí mismo su después. Aislado del transcurso de un proceso sin fin, cada retrato es, a la vez, un corte instantáneo, una suspensión de la duración, y un patrón de medida que restituye en forma de punteo la continuidad del tiempo que nunca se detiene. Es el fraccionamiento lo que confiere el ritmo a la sucesión de las imágenes y cada una de ellas es el fragmento de un todo del cual el fotógrafo sólo

restituye unos trozos. Bien ordenada, esta suma de interrupciones momentáneas constituye un mismo número de marcas colocadas entre un principio y un final, pero también una cuenta atrás irreversible de la vida que pasa.

Estudio del paso del tiempo, este proyecto intrínsecamente fotográfico no tiene el instante como objeto, sino la duración. Como una especie de novela familiar moderna, la empresa silenciosa de Pere Formiguera no quiere negar el tiempo, sino que intenta tomarle la medida, y en el año 2000, una vez lograda, si ningún acontecimiento imprevisible interrumpe el curso, podrá verse por primera vez de continuo, por medio de esta colección única de unos tres mil quinientos veinte rostros, la acción cronológica del tiempo obrante.